

# TITO LIVIO

## Guerra de Sagunto (Libro XXI)

TRADUCCION Y NOTAS

DE

ALICIA SOLER MERENCIANO

Y

GERARDO SANCHEZ MONTERO

VII. Mientras estos planes se preparan y consultan (1), ya Sagunto se veía atacada con el máximo vigor. De todas las ciudades del otro lado del Ebro, fue ésta, con mucho, la más poderosa; se hallaba situada a unos mil

### NOTAS.—

(1) El general cartaginés Anibal, puesto al frente de las tropas cartaginesas a la muerte de Asdrúbal, se dispone a perfeccionar la obra de sus antecesores, sometiendo por completo a España para preparar su marcha contra Italia. Para ello empieza enfrentándose en guerra a la ciudad ibérica de Sagunto, la más poderosa de las situadas en la costa mediterránea al sur del Ebro. El ataque a esta ciudad planteó un delicado problema diplomático, cuyos términos no son del todo claros para nosotros. Un tratado del año 348 a. J.C. fijó a Cartagena como límite septentrional del dominio cartaginés, quedando Sagunto como territorio neutral entre aquel y la zona de influencia romana. Pero por un tratado que los romanos hicieron con Asdrúbal el año 226, se fijó el Ebro como frontera entre las esferas de influencia de las dos potencias, con lo cual parece que Sagunto quedó abandonado a los cartagineses. Si las cosas ocurrieron realmente así, los romanos no podían, en estricto derecho, protestar por el ataque a Sagunto. Los cartagineses se atenían a la letra del tratado, afirmando que éste se refería a los aliados que tenían los romanos en el momento de firmarlo, en tanto que los romanos pretendían hacerlo extensivo no sólo a aquellos aliados sino a todos los que tuvieran en adelante. Ellos se atuvieron más bien al espíritu del tratado. Por tanto, como afirma un príncipe cartaginés: «Vobiscum una disceptatio est, licueritne per foedus fieri. Itaque, quoniam discerni placet, quid publico consilio, quid sua sponte imperatores faciant, nobis vobiscum foedus est Lutatio consule ictum, in quo cavetur utrorumque sociis, nihil de Saguntinis (necdum enim erant socii vestri) cautum est. At enim eo foedere, quod cum Asdrubale ictum est, Saguntini excipiuntur. Adversus quod nihil ego dicturus sum, nisi quod a vobis didici: Vos enim, quod C. Lutatius consul primo nobiscum foedus icit, quia neque auctoritate patrum, nec populi iussu ictum erat, negastis vos eo teneri. Itaque aliud de integro foedus publico consilio ictum est. Si vos non tenent vestra foedera, nisi ex auctoritate aut iussu vestro icta, ne nos quidem Asdrubalis foedus, quod nobis insciis icit, obligare potuit» (Tito Livio, libro XXI, cap. XVIII). Pero el hecho es que, al

---

verse amenazados, los saguntinos enviaron legados a Roma, reclamando la protección a que tenían derecho como aliados del pueblo romano. Esta alianza se concertó probablemente con posterioridad al tratado del 226, y se explica por las estrechas relaciones que los saguntinos mantenían con Massalia (Marsella) y otras colonias griegas aliadas de Roma. El Senado romano, que no se hacía ilusiones sobre las intenciones de Aníbal, consideró la conveniencia de declarar ipso facto la guerra a Cartago, pero terminó imponiéndose la opinión dilatoria de que se mandara una embajada para protestar de los manejos de Aníbal y pedir garantías. Aníbal, entretanto, siguió adelante con sus planes.

---

pasos (1) del mar. Sus habitantes se decían oriundos de la isla de Zacinto (2), mezclados más adelante con algunos rútilos de Ardea (3). Por lo demás, había acrecentado en breve tiempo sus riquezas hasta un alto grado, bien por su comercio de mar y tierra, bien por el aumento de su población, o bien por el valor sagrado de sus principios, a causa de los cuales rindieron culto a su lealtad de aliados hasta su propia ruina. Habiendo penetrado Aníbal en su territorio con un temible ejército, después de haber devastado por completo sus campos, atacó la ciudad por tres puntos a la vez. Un ángulo de la muralla se adelantaba en un valle más llano y descubierto que el terreno inmediato; contra este lado de la muralla se propuso situar los manteletes, a cuyo amparo podría acercarse el ariete a las murallas; pero tanto como, lejos de la muralla, el terreno había sido bastante favorable para el transporte de manteletes, así también no lo fue en absoluto cuando se llegó a la realización de la obra. Se hallaban dominados por un torre inmensa, y el muro, como era el flanco débil de la plaza, había sido fortificado a mayor altura que el resto; en fin, que lo más escogido de la juventud, allí era donde debía encontrar las mayores fatigas y peligros y donde debía hacer los mayores esfuerzos. Al principio, una lluvia de dardos aleja a los sitiadores sin dejar a los trabajadores ningún lugar suficientemente seguro; después, bien pronto, ya no solamente centelleaban sus dardos en defensa de sus murallas y de su torre, sino que su arrojo les llevaba a lanzarse también sobre los cuerpos de guardia y los trabajos de sitio enemigos; en aquellos desordenados encuentros, por lo regular, no caían más saguntinos que cartagineses. Pero cuando el propio Aníbal, mientras escalaba demasiado desprevenidamente el muro, cayó gravemente herido por un dardo que le atravesó el muslo, hubo tan gran fuga y confusión a su alrededor, que no faltó mucho para que abandonaran las obras y los manteletes.

VIII. Después, durante pocos días, hubo bloqueo más que asalto, mientras se curaba la herida de Aníbal. En el interín, si bien se produjo una tregua en el combate, sin embargo no hubo interrupción en la preparación de las obras y de las fortificaciones. Y así pues, la lucha comenzó de nuevo

más encarnizadamente y -a pesar de que algunos lugares no admitían apenas los trabajos de sitio- en muchas partes empezaron a avanzar los manteletes y a moverse los arietes. El Cartaginés era superior en número: hay razón para creer que había puesto en armas hasta ciento cincuenta mil soldados; los defensores, viéndose obligados a dividir sus fuerzas en varias direcciones, no daban abasto para defenderlo y vigilarlo todo. Y así, ya las murallas se veían heridas por los arietes y eran quebrantadas en muchas partes; una parte había dejado al descubierto la ciudad con una amplia brecha; a continuación, tres torres y cuanto entre ellas había de muralla, se habían desmoronado con enorme estruendo. Los cartagineses creyeron tomada la ciudad a causa de esta brecha por donde ambos bandos se lanzaron al combate, como si el muro derribado sirviese por igual de parapeto a unos y otros contendientes. Por lo demás, nada había de semejante a una lucha desordenada, cual suele entablarse en los asedios de las ciudades cuando a uno de los bandos se le ofrece una oportunidad favorable, sino que en formaciones regulares como si se encontrasen en campo abierto, las tropas formaron en orden de batalla situadas entre los escombros del muro y las casas de la ciudad distantes en un corto espacio. Por un lado la esperanza y por otro la desesperación enardecían los ánimos. Los cartagineses se veían ya dueños de la ciudad a poco que se esforzasen, los saguntinos oponían sus desnudos cuerpos a falta de murallas en defensa de su patria no retrocediendo ninguno de los dos bandos en lucha, para no dejar al enemigo el terreno abandonado. Y de esa suerte, cuanto más acerba y apretadamente se luchaba por ambas partes, tanto más numerosos resultaban los heridos, no cayendo en vano ningún dardo entre las armas y los cuerpos. Los saguntinos tenían como arma arrojadiza la FALARICA, de asta de abeto y redonda en toda su longitud, excepto el extremo, en que se ajustaba el hierro; el extremo, cuadrado como el de la jabalina romana, estaba rodeado de estopa empapada en pez. El hierro tenía tres pies de largo, para que pudiese tras-

(1) Se trata de una distancia equivalente a un kilómetro y medio; actualmente, el cerro sobre el que se asentaba el oppidum de Sagunto (y a cuya falda está hoy la ciudad del mismo nombre) dista del mar unos cinco kilómetros (algo más de tres millas romanas); la diferencia es debida al terreno ganado al mar por los aluviones en el transcurso de veintidós siglos.

(2) Se trata de la actual isla de Zante, en el mar Jónico. El dato es falso, puesto que Sagunto era una ciudad ibérica, como atestiguan las monedas conservadas; el error es debido a la similitud de nombres y al hecho de que los griegos habían fundado numerosas colonias en la costa de España, con las que los saguntinos mantenían un asiduo trato comercial.

(3) Ardea era una ciudad del Lacio, al sur de Roma, capital de los rútilos. La supuesta procedencia de Ardea de parte de los habitantes de Sagunto explicaba su fidelidad a los romanos, pero esta afirmación no tiene fundamento alguno y es quizá debida a la forma ARSE que se encuentra en las monedas saguntinas.

pasar juntamente con la armadura el cuerpo. Sin embargo, lo que infundía pavor en su más alto grado -aunque la falárica quedase clavada en el escudo y no penetrase en el cuerpo- era el hecho de que esta arma, al ser disparada encendida por el medio y producir un mayor fuego avivado por la propia velocidad de su lanzamiento, obligaba al soldado a quien alcanzaba a tirar sus armas y lo dejaba indefenso ante los golpes siguientes.

IX. Hacía ya mucho tiempo que el combate permanecía indeciso y los saguntinos -puesto que, contra lo esperado, resistían- habían visto acrecentarse su valor, pero los cartagineses -dado que no vencían- se sentían vencidos. De pronto, levantan los defensores un griterío y rechazan al enemigo hasta los escombros del muro, luego lo arrojan de la brecha misma, cargado con sus pertrechos y lleno de espanto, finalmente lo obligan a volver, confuso y en fuga, a su propio campamento. Entretanto se anunció que habían llegado los legados procedentes de Roma; Aníbal envió a recibirlos hasta las orillas del mar para decirles que no se encontrarían seguros entre tantos ejércitos de pueblos tan irritados por la guerra, y que, en cuanto a él, en circunstancias tan críticas, no tenía tiempo para escuchar mensajes. Era evidente que, después de esta negativa, marcharían inmediatamente a Cartago, y de antemano envió cartas y mensajeros a los jefes de la facción de los Barcas para que preparasen los ánimos de sus adeptos y desbaratasen todas las tentativas de los contrarios en favor de los romanos.

X. Así pues, a pesar de que los legados fueron admitidos y escuchados, su misión resultó también vana y estéril. Solamente Hannón sostuvo la validez del tratado en contra de todo el senado, en medio de un profundo silencio, debido a su propia autoridad, no al asentimiento de los que le escuchaban. «En nombre de los dioses, árbitros y testigos de los tratados, les había él aconsejado y suplicado que el hijo de Amílcar no fuese enviado al ejército. Ni los manes ni el vástago de ese hombre podían resignarse al reposo y nunca, mientras quedase alguno de la sangre y del nombre de los Barcas, sería tranquila la alianza romana. Enviásteis al ejército, como echando leña al fuego, a un joven que ardía en deseos de reinar y veía solamente un camino para conseguirlo: a saber, vivir haciendo suceder una guerra a la otra, rodeado de armas y legiones. Por consiguiente, habeis alimentado este fuego en que ahora ardéis. Vuestros ejércitos están asediando Sagunto, de donde deben alejarse a causa del tratado: muy pronto las legiones romanas sitiarán Cartago, conducidas por esos mismos dioses que vengaron la violación de los tratados en la primera guerra. ¿Acaso desconocéis al enemigo, a vosotros mismos, o a la fortuna de uno u otro pueblo?. A unos legados, que vienen procedentes de unos aliados y como aliados, vuestro digno general no los recibí en su campamento y suprime así el de-

recho de gentes. Estos, expulsados de donde ni siquiera los legados de los enemigos son alejados, vienen, no obstante, a vuestra presencia; vuelven a pedir satisfacción de acuerdo con el tratado. No pleitean contra la nación por violación de tratado, reclaman al culpable y autor del crimen. Cuanto más moderadamente actúan y más pacientemente dan los primeros pasos, tanto más temo que, una vez desencadenado el conflicto, sean más contumazmente crueles. Recordad las islas Egatas, el monte Erix y todos los reveses que habéis sufrido por mar y tierra durante veinticuatro años. Y este general vuestro no era ningún niño, sino que era su propio padre Amílcar, un segundo Marte, como le llaman sus amigos. Pero entonces no habíamos respetado a Tarento, esto es, a Italia, según la prescripción del tratado. De la misma manera que ahora no estamos respetando a Sagunto. Por esta razón nos vencieron los dioses y los hombres; y esto, sobre lo que se discutía, saber cual de los dos pueblos había roto el tratado, lo decidió la suerte de la guerra y dió, como justo juez, la victoria al pueblo que tenía a su favor la justicia. Anibal empuja hoy sus manteletes y torres contra Cartago: son las murallas de Cartago las que quebranta con sus arietes. Las ruinas de Sagunto (¡ojalá sea un falso adivino!) caerán sobre nuestras cabezas y esta guerra que ha sido emprendida contra los saguntinos, deberá ser sostenida contra los romanos. Me preguntará alguien: ¿entregaremos, pues, a Anibal?. Bien sé que, a causa de mi enemistad con su padre, mi autoridad es insignificante en ese asunto. Pero yo sólo me regocijé de que Amílcar hubiera muerto por esto, porque, si aquél viviera, ya tendríamos la guerra contra los romanos; y odio y detesto a este joven como furia y tea de esa guerra. No sólo debemos entregarle como expiación del tratado violado, sino que, aunque nadie lo reclamase, se le debía deportar a los últimos confines de los mares y las tierras, y relegarle en un lugar desde donde ni su nombre ni su fama pudiera llegar hasta nosotros ni turbar la tranquilidad de nuestro Estado. Yo propongo, por tanto, que inmediatamente sean enviados a Roma nuestros legados para dar satisfacción al senado; que sean enviados otros legados para anunciar a Anibal que retire a su ejército de Sagunto y para entregar al propio Anibal a los romanos de acuerdo con el tratado y opino que debe enviarse una tercera legión para devolver a los saguntinos todos los bienes que han perdido».

«Después de hablar Hanón, ningún otro quiso replicarle: hasta tal punto casi todo el Senado era proclive a Anibal. Incluso argüían que Hanón había hablado con mayor hostilidad que el propio Flaco Valerio, el legado romano. Así pues se respondió a los legados romanos que la guerra se había iniciado por parte de los saguntinos, no por parte de Anibal; que el pueblo romano actuaba indebidamente si anteponía a los de Sagunto a la antiquísima alianza de los cartagineses.

Mientras los romanos gastan el tiempo enviando embajadas, Aníbal, como tenía cansada a sus tropas por los combates y los trabajos anejos, les da un descanso de unos pocos días no sin antes colocar guardias para la vigilancia de «vineas» y otros pertrechos. Entretanto, al tiempo que estimula el ánimo de sus soldados con el odio al enemigo, los inflama con la esperanza de recompensas. Y, cuando delante de la asamblea de los soldados dijo que el botín de la ciudad una vez conquistada sería de los soldados, hasta tal punto éstos se enardecieron que, si en aquel momento se hubiera dado la señal de ataque, mediante ninguna fuerza parece que hubieran podido ser resistidos.

Los saguntinos durante algunos días descansaron de los combates, ni hiriendo ni teniendo heridos. Pero ni de noche ni de día dejaban de trabajar para reconstruir un nuevo muro por aquella parte por donde la fortaleza era visible a través de las ruinas. Entonces se inició otra vez el ataque contra ellos aún más duramente que antes. No podían ni saber adónde llevar refuerzos primero o en mayor cantidad pues todo resonaba con criterio diverso. El mismo Aníbal estaba al frente animando en el lugar donde era desplazada una torre móvil que superaba en altura todas las defensas de la ciudad. En cuanto a la torre, con catapultas y ballestas dispuestas por todos sus pisos, acercada a los muros, los dejó libre de defensores, Aníbal considerando la oportunidad envió quinientos africanos con picos para derribar el muro por su base. Y no era tarea difícil puesto que no estaban las piedras trabadas con cal sino con arcilla, forma de construcción anticuada. De tal modo que se derrumbaba más trozo de muro del que se picaba; y a través de los huecos en las ruinas entraban a la ciudad batallones de soldados armados. También tomaron un lugar elevado, y colocando allí catapultas y ballestas, lo rodean con un muro como para tener en la ciudad misma una especie de castillo como fortaleza interior. Y los saguntinos levantan un muro interior por la parte aún no ocupada de la ciudad. Por ambas partes se lucha con ardor extraordinario y se trabaja en la fortificación, pero los de Sagunto velando por la parte más interior de la ciudad hacen ésta cada vez más pequeña. Al mismo tiempo va creciendo la escasez de todo por el largo asedio y disminuyendo las esperanzas de ayuda externa, estando tan lejos los romanos, única esperanza, y tan cerca todo lo de los enemigos. Pero poco a poco fue levantando los ánimos la repentina marcha de Aníbal hacia los Oretanos y los Carpetanos: estos dos pueblos, consternados por la rigurosidad de las levas, tras haber retenido a los reclutantes, y como hubieran inspirado temores de rebelión, sorprendidos por la rapidez de Aníbal, pararon la rebelión iniciada. Pero la lucha en Sagunto no era más llevadera, haciéndose cargo de la empresa Maharbal, el hijo de Himilcar, -lo había puesto al frente Aníbal- con tan sin descanso que ni los de la ciudad ni los enemigos se daban cuenta de que el caudillo se había marchado. Maharbal llevó a

cabo algunas escaramuzas afortunadas y con tres arietes derribó algo de muralla. Y enseñó todo lo abatido con las ruinas recientes a Anibal recién llegado. Repentinamente el ejército fué llevado junto a la misma muralla y se trabó un combate atroz con pérdida de muchos hombres por ambas partes y fue tomada parte de la fortaleza. Se intentó entonces una ligera esperanza de paz por medio de dos negociadores, el Saguntino Alcón y el hispánico Alorco. Alcón, sin saberlo los saguntinos, pensando que algo conseguiría con súplicas, pasándose una noche a la parte de Anibal, tras ver que nada conseguía con las lágrimas y que se le ofrecían tristes condiciones como de un vencedor ensoberbecido, convertido de interlocutor en traidor, se quedó junto al enemigo, aformando que moriría quien hiciera un tratado de paz bajo aquellas condiciones. Pues pedía que se devolvieran sus cosas a los turdetanos y que, entregado todo el oro y plata, saliendo de la ciudad con una sola vestimenta, fueran a vivir allí donde el Cartaginés ordenara. Desconfiando Alcón que los saguntinos fueran a aceptar estas condiciones de paz, Alorco, diciendo que los ánimos son vencidos cuando es vencido todo lo demás, pide ser portavoz de la paz del Cartaginés. Pues entonces era soldado de Anibal. Por lo demás notoriamente amigo y huésped de los saguntinos.

A plena luz, tras entregar sus armas a los centinelas enemigos, atravesando la fortaleza fue conducido -él mismo así lo mandaba- ante el pretor saguntino. Habiéndose formado allí rápidamente un corro de toda clase de hombres, retirada la gente que no pertenecía al Senado, éste dió la palabra a Alorco. Su discurso fue así:

XIII. «Si vuestro ciudadano Alcón, de la misma manera que fue hasta a Anibal para pedir la paz, hubiera vuelto con las condiciones de ésta, no me hubiera sido necesario llegar aquí a mí, que no soy ni portavoz ni traidor de Anibal. Pero al permanecer aquél con el enemigo bien por su propia culpa, bien por la vuestra -si fingió miedo por la suya; por la vuestra si entre vosotros corren peligro los que anuncian la verdad-, yo, por la hospitalidad que me teneis, he venido para que no ignoreis que existen condiciones no sólo de salvación, sino de paz digna para vosotros. Que por vuestro interés y no de ningún otro digo lo que digo, sea prueba suficiente el que ni mientras resististeis con vuestras propias fuerzas ni mientras esperábais ayuda de los romanos, os mencioné la paz. Cuando ya ninguna esperanza os queda de parte de los romanos, ni teneis murallas ni armas suficientes para defenderos, os traigo una paz más necesaria que justa. Alguna esperanza de esa paz hay si, de la misma forma que Anibal la ofrece como vencedor, vosotros la recibis como vencidos. Si no sucede así, lo que se deja, se deja en perjuicio -pues al vencedor pertenece todo-. Si algo os queda pues, lo debeis considerar como ganancia. Os quita la ciudad que en gran parte está derruida y

casi toda conquistada, os deja los campos, os va a asignar un lugar en el que edifiqueis una nueva ciudad. Ordena que todo el oro y plata, público o privado, le sea entregado; os conserva libres vuestros cuerpos y los de vuestras mujeres e hijos si decidís salir sin armas con dos vestidos cada uno de Sagunto. Esto manda un enemigo vencedor. Esto, aunque duro y pesado, os aconseja vuestra propia suerte. Yo desde luego no dejo de tener esperanzas en que, cuando el poder sobre todas las cosas haya pasado de vosotros a él, aún os devuelva algo de ello. Pienso de todos modos que es mejor sufrir ésto a que dejeis, según el derecho de la guerra, que vuestros cuerpos sean robados, mutilados, arrastrados y que dejeis que ante vuestros ojos sean mancilladas vuestras mujeres e hijas. Hallándose mezclada la asamblea del pueblo con el Senado, por haber ido arrimándose poco a poco la multitud por escuchar aquello y retirándose los principales antes de que se diera una respuesta, todo el oro, público y de manos privadas, fue llevado conjuntamente al foro arrojándolo a una hoguera hecha con prisas para ello, e incluso muchos se arrojaron ellos mismos allí. Al tiempo que el horror y el desconcierto por lo sucedido invaden toda la ciudad, se oye otro griterío desde la ciudadela. Habíase derrumbado la torre por largo tiempo debilitada y mientras atacaba por entre sus ruinas una cohorte de cartagineses, tras dar a Anibal la señal de que la ciudad estaba desprovista de las guardias y vigilancia acostumbradas, pensando aquél que tal ocasión no debía ser desaprovechada, se introdujo en la ciudad con todas sus fuerzas después de dar la orden de que fueran muertos todos los jóvenes: orden cruel pareció en tal ocasión casi necesaria. Pues ¿a quién podía perdonar de los que o encerrados con mujeres e hijos quemaron sus casas consigo mismo dentro, o armados no finalizaron de otro modo la lucha que muriendo?. Fue tomada la fortaleza con gran botín. Aunque muchas cosas habían sido inutilizadas a propósito por sus dueños y que en la masacre la ira apenas había hecho discriminación de edades y de que los cautivos habían sido botín de los soldados. Sin embargo consta que del valor de lo vendido se recogió algo de dinero y mucha vajillería de calidad que se envió a Cartago.

Algunos han escrito que Sagunto fue tomada al cabo de ocho meses de haber empezado a ser atacada.

## SESIONES DE EXPLICACIONES POR PARTE DE LOS CARTAGINESES A LOS ROMANOS SOBRE LA TOMA DE SAGUNTO.

Preparado todo de manera que antes de la guerra se llevaran a cabo todos los pasos debidos, enyían a Africa como legados a Q. Fabio, M. Livio, L. Emilio, C. Licinio, Q. Baebio, mayores de edad, para saber de parte de los cartagineses si Anibal había atacado Sagunto por decisión del Senado; y que si los cartagineses confesaran ésto que parecía que iban a hacer y defendieran que se había hecho por decisión pública, que declararan al pueblo cartaginés la guerra. Después que los romanos llegaron a Cartago y habiéndoseles dado audiencia, no diciendo Q. Fabio otra cosa que lo que únicamente se le había mandado, un principal de los cartagineses dijo: «Fue inútil la primera embajada cuando pedisteis a Anibal, como atacante de Sagunto por decisión propia. Por lo demás esta embajada es más suave en las palabras pero más dura en los hechos. Entonces Anibal era acusado y solicitado como tal. Ahora se pide confesión de culpabilidad y una vez confesada, se piden inmediatamente reparaciones. Yo pienso que no se debe indagar sobre si Sagunto fue atacada por decisión particular o pública sino se hizo de acuerdo a derecho o con violación del mismo. Pues el interrogatorio y la investigación sobre si ha actuado por decisión particular o pública un ciudadano nuestro, a nosotros nos corresponde. A vosotros os interesa una sola cuestión: si se actuó de acuerdo al tratado. Y así ya que os agrada hacer distinciones sobre qué hagan los generales por su propia voluntad o por decisión del Senado, en el consulado de Lutacio fue pactado el tratado entre vosotros y nosotros en el que se atiende a los aliados de ambas partes y nada se menciona respecto a los saguntinos pues en efecto no eran entonces aliados vuestros. En aquel otro tratado que fue hecho con Asdrúbal se excluyen los saguntinos. En relación con ello nada voy a decir sino lo que de vosotros he aprendido: vosotros, en efecto, negásteis que os obligara el tratado primero que hizo el cónsul Lutacio con nosotros porque lo había pactado sin autorización de los senadores y sin mandamiento del pueblo. Y así fue pactado de nuevo otro tratado por parte del Senado. Si a vosotros no os obligan vuestros pactos a no ser que se hagan con vuestro mandamiento y autorización, tampoco a nosotros pudo obligarnos el pacto de Asdrúbal que se hizo sin nuestro conocimiento. Por tanto dejad de hacer mención de Sagunto y del Ebro. Y lo que durante largo tiempo haya engendrado vuestro animo, lo de a luz alguna vez. Entonces el romano haciendo un pliegue con la toga dijo: Aquí os traemos la paz y la guerra: si os apetece, escoged. Tras estas palabras no menos duramente se exclamó que diera lo que quisiera. Y como, desplegada nuevamente la toga, dijera que les daba la guerra, respondieron que la aceptaban. Y que con la misma disposición que la tomaban la llevarían a efecto. Esta clara declaración y aviso de guerra pa-

reció más propia de la dignidad romana que discutir con discursos sobre la legalidad de los tratados, tanto antes como una vez tomada Sagunto. Pues si se trata de una discusión sobre los términos, no se podía comparar el tratado de Asdrúbal con el anterior tratado de Lutacio habiéndose dicho explícitamente en el de Lutacio que lo convenido sería así si lo aprobaba el pueblo. En el de Asdrúbal no se matizó tal aspecto y se confirmó con el silencio de tantos años estando aquél vivo, de manera que, muerto Asdrúbal, nada se cambió. Aunque hubiera que atenerse al primer tratado bastante se prevenía sobre los saguntinos, aliados exceptuados de ambas partes. Pues no se había añadido «estos que ahora son aliados ni los que se asuman con posterioridad», solo que «ni los aliados de los cartagineses fueran provocados a la defección ni se aceptara a los que abandonaran la alianza espontáneamente» (1).

---

(1) En nuestra traducción hemos seguido como texto latino base de la edición preparada por la Universidad de Oxford, t. 111, Libros XXI - XXV, 1.967. En cuanto a traducciones castellanas, seguimos la editada por E.D.A.F., Madrid, 1.970. Consultamos asimismo las traducciones francesas de Dubochet y Chevalier en *Histoire Romaine*, Liv. XXI, París, 1.850. Y más modernamente, J. Bayet y G. Baillet, *ibid.*, id., 1.958.